

PRESENTACIÓN A RAFAEL GONZÁLEZ SERNA

Como el príncipe del cuento, que buscara a una princesa dormida desde hace siglos dentro de una fortaleza custodiada por rosales y misteriosa maleza, se echó el mundo a las espaldas, se echó al mundo por montera, y cogió unos cuantos versos para conquistarla a ella. Fue un domingo de pasión, seguro que lo recuerdan, cuando escaló las murallas y los portones y almenas se abrieron para este hombre que no llevaba más flechas que un puñado de octosílabos mojados en la pureza de un amor hondo y sencillo, de esos que ya no se llevan, un amor que te hace grande, un amor que te envenena, que te hace atrapar las nubes, que te vuelve majareta y te hace saltar montañas y desatracar las puertas. Como el príncipe del cuento, él encontró a su princesa durmiendo un sueño infinito envenenada en las ruelas de los meses del invierno donde todo es ansia, espera, hibernación de la gracia que resucita a la vuelta de la esquina de año nuevo cuando apunta la cuaresma por las veras de una tapia donde el limonero juega con solecillos amargos y su blancura pequeña. Y cuando asaltó el castillo y pudo tenerla cerca, dijo su nombre “Sevilla”, y le conminó “despierta” y le fue diciendo cosas: le habló de bosques de cera, de canastillas de oro, de túnicas nazarenas, de varales en la brisa, de tambores y cornetas, y, al fin, le nombró a su madre, la Esperanza Macarena. La princesa abrió los ojos, con una suavidad muy lenta y le entregó, para siempre, su beso de primavera.

Él es hombre de canción, igual que de canción fueran el Santo Juan de la Cruz, Fray Luis, Santa Teresa, Sor Cristina de Arteaga aquella monja poeta que dentro de Santa Paula nos invitaba a la siembra de las mejores palabras, de las acciones más buenas, sin pensar en nada más, pues la brisa se las lleva y luego vuelve, por ciento, cuando menos te lo esperas. Con su verbo generoso y su dicción y su fuerza hoy viene a hablar de la cruz, ese escandaloso tema que a impíos y a los gentiles no les entra en la cabeza pero que, para nosotros, es el camino y la puerta para llegar al Señor que en la Eucaristía espera, blanco redondel de cielo, alimento que no llena pues nos hace querer más, y buscar tras las estrellas y hacernos puro infinito como Juan Ramón dijera.

Y quién mejor para hablar si él de la cruz sabe tela, él que ha llevado una cruz navegando por sus venas, desde el fondo de sus huesos una cruz llegó a su puerta y puso sábanas blancas y extracciones, sueros, pruebas... Le enseñó la incertidumbre, el dolor y la flaqueza que nuestro cuerpo atesora en cuanto nos dan tres décimas o nos duele cualquier miembro y todo se

tambalea. Qué pequeños somos, Dios, y grande es tu grandeza. Y cada día en silencio miraba la foto aquella del que con la cruz al hombro abre las mañanas nuevas de los Viernes por las calles mientras levante alborea, y le decía, Señor, si no existe otra manera y esa cruz es para mí, dame también fortaleza.

Una cruz fue aquel pitón que en un junio de tragedia, buscó trasplantar cipreses en su carne primogénita igual que una hoz maldita busca agavillar su siega. Traje nazareno y oro, ¿iba a ser de otra manera? Y un nazareno caído fue su torero en Las Ventas. Dije como García Lorca *que no, que no quiero verla, la sangre de Rafael derramada por la arena*. Y un doctor en San Lorenzo y una Divina Enfermera cicatrizaron su carne y llenaron sus arterias con el caudal de la sangre de la Sevilla torera, la que llevaban los Gallo, Pepe Luis, Manolo Vázquez, Bienvenida y Diego Puerta. Aquí está, siempre de frente, con su capote y muleta dispuesto a dormir al tiempo con una media perfecta.

Verán si sabe de cruces este que ahora me espera. Pero él bendice su cruz, pues lo que el corazón llena es lo que canta su boca con el alma en cada letra. Y otras cruces que él conoce, que en silencio nombra y lleva, mas siempre con alegría, con sencillez, con largueza de espíritu y corazón, con la fe pura y sincera del que sabe el final no es el polvo ni la tierra, que el final está en las manos del hijo de las Tristezas, cuando como en Siloé nos haga ver la belleza de una mañana sin lindes, de una mañana perfecta en que estaremos gozando todos de la vida eterna.

Hoy viene a hablarle a la cruz, ya verán que él no flaquea, pues del “toma la tuya y sígueme” hizo Rafael su lema. Siempre con una sonrisa, una mano que te aprieta y sabes que ahí hay verdad de los pies a la cabeza. Siempre con sevillanía que es gracia sin proponérsela. Porque si pienso en Sevilla, y pienso en la Macarena e imagino una guitarra me sale González Serna.

Que ustedes lo disfruten.